

Al presente viven los cristianos vida de gentiles, y lo acreditan con sus obras y con sus palabras. Sin embargo, no se horrorizan de decir cada dia, acaso por rutina, *santificado sea el tu nombre*. O no lo entienden, y no saben lo que se dicen, ó se quieren burlar del Señor: uno y otro es á cual mas culpable é inícuo. Así pues, ved, señores, y reflexionad bien lo que decis en esta peticion, y lo que haceis para cumplirla, y que vayan de acuerdo con las palabras vuestras obras y vuestros deseos; sino mentís y os engañáis á vosotros mismos. Para que dignamente se cumpla y sea una verdad esta peticion, santificaos vosotros, y entonces con mas pureza se encaminarán los deseos de la alabanza del Señor y de su santo Nombre. De todas maneras y siempre santifiquémosle de veras todos los instantes de nuestra vida, y de esta suerte tendremos la dicha de santificarle por toda la eternidad con los ángeles en la gloria. AMEN.

### PLÁTICA VIII.

#### SEGUNDA PETICION.

*Adveniat regnum tuum.*  
Venga el tu reino. (Math. iv, 10.)

EL reino de Dios es el reino celestial, y este reino ya se aproximó en los dias de san Juan Bautista, puesto que de su proximidad tomó el argumento para exhortar á la penitencia. Del propio modo empezó su predicacion el Salvador del mundo; en aquel admirable sermón del monte: para alentar á sus discípulos á que ganasen la bienaventuranza, los estimuló prometiéndoles en premio de sus virtudes el reino de los cielos, que es la bienaventuranza misma. En otra ocasion, queriendo ellos detenerlo les dijo, que convenia ir á anunciar á otras ciudades el reino de Dios; porque para eso habia sido enviado. Este mismo reino fué el que mandó á sus apóstoles que predicasen, y á aquel que deseaba ir á enterrar á su padre, le contestó: Deja á los muertos que entierren á sus muertos; tú anda y anuncia el reino de Dios. En fin, despues de resucitar, en los cuarenta dias que an-

duvo entre sus discípulos, nos dice el Evangelio, que les hablaba del reino de Dios.

Por tal y tanto empeño como Jesucristo, nuestro Señor y Maestro, ponía en predicar el reino de su Padre, á los predicadores de su santa doctrina toca explicar á los fieles de continuo la inteligencia de este santo reino, y hacer que lo conozcan, amen y deseen. Y á la verdad esta peticion separada de las otras, é inculcada tanto, indica desde luego la suma importancia de su contenido. Es esto tan cierto, que el mismo Señor nos la presenta como lo mas interesante de todo: «Buscad, dice, el reino de Dios y su justicia lo primero, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.» (Matt. vi, 33.) No se puede dudar que en este reino de Dios se contiene tanta copia y abundancia de dones celestiales, que abraza é incluye todo cuanto dice relacion con la conservacion de la vida corporal y espiritual. ¿A qué rey, digno de este nombre, hallaremos que no cuide de la salud de su reino? Y si los reyes de los hombres cuidan de su reino, no lo hará el Rey supremo é inmortal de los siglos? ¿No los excederá en defensa, proteccion y amparo para procurarles la vida y la salud? En esta peticion del reino de Dios, repito, están comprendidas todas las cosas que podemos desear y pedir á Dios en este destierro, en este valle de lágrimas y miserias, en que tanto es lo que necesitamos: puesto que todo se nos dará por añadidura, segun la solemne y consoladora promesa de Jesucristo. Pues con estas palabras declaró que él era aquel rey que da en abundancia al género humano todas las cosas: afianzado David en tal promesa cantaba: «El Señor me dirige, nada me faltará: el Señor es mi rey, todo lo tendré cumplido.»

Aunque podríamos decir que en esta corta exposicion estaba ya explicado en compendio todo lo que hay que saber acerca de las palabras del Padre nuestro, que hoy nos ocupan, el Catecismo romano, al que queremos seguir esta vez literalmente, se extiende á muchos pormenores útiles; y de ellos os voy á dar uno por uno el conocimiento debido: primero habla de los motivos de esta peticion: segundo de las diversas significaciones que tienen las palabras *el reino de Dios*: tercero qué sea lo que de entre ellas pidamos ó debamos pedir: cuarto qué debamos meditar y desear con motivo de esta peticion. Procederé por su orden.

Empezando por los motivos que nos deben mover á pedir al Se-

ñor se digne hacer que se establezca y afirme en nosotros su reino, diré que las miserias y desgracias del mundo y de los hombres que viven sin Dios son tales, que á los filósofos reflexivos se les ha escapado, acaso sin quererlo, mas de una vez y aun recientemente esta frase: «Endonde no hubiere Religion, seria preciso inventarla.» Prescindamos de la calamitosa situacion del mundo por el pecado y sus consecuencias, antes de la venida de Jesucristo y del establecimiento de su reino, que es su Religion y su Iglesia; prescindamos de los males que aun así sufrimos no solo los cristianos, sino aun mas y mayores los que no lo son, en cuyo relato y enumeracion no bastarian muchas horas. ¿No somos aun desterrados, y habitantes de un lugar que invaden con frecuencia los demonios para enseñorearse de nosotros, para tentarnos, para perdernos? Sin eso, que es sobrado, ¿no sufrimos incesante é irremediamente una cruda guerra entre el cuerpo y el espíritu, guerra que temia y de que el mismo san Pablo se lamentaba, y en la que estamos expuestos á sucumbir y perecer para siempre? Son estas, hermanos míos, tantas miserias, que el Apóstol en su vista, acongojado y tímido decia: «¿Ay de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» No miserias, sino muerte continua, cuerpo de muerte, ó que de continuo le daba la muerte, es lo que el Santo apellidaba este estado.

Se comprenderá mejor esta miseria, si comparamos nuestro estado con el de otros seres vivientes. Los animales, por ejemplo, nunca ó raras veces se apartan y extravían del fin á que les ha hecho Dios, y del instinto que les ha impreso la naturaleza. Aun mas, los insensibles en el órden admirable y armonioso del universo giran, siguen y guardan su curso inalterable, de suerte que en ellos se cumple á la letra la palabra eterna de Dios: *in æternum, Domine, verbum tuum permanet in cælo*. Si, mirad al cielo, y en él sus astros, constelaciones y planetas, y observaréis como marchan y siguen el giro y camino que la sabiduría eterna les trazara, cuando los hizo. Lo mismo sucede en la tierra y cuanto de sí da y produce: en las estaciones se vivifica, y luego duerme; ahora se fertiliza y luego se marchita. ¡Ah! el hombre, y solo el hombre es el rebelde, revolucionario é indócil; criado para el cielo, para el reino de Dios, es el único que se desvia y separa de su camino. ¡Cuántas razones tenemos, pues, para pedir que venga á nosotros el reino de Dios, que nos arregle y contenga dentro del carril de su divina ley!

Pero ¿cuál es la causa de este desvío y miseria? El desprecio en que echamos las inspiraciones divinas. Cerramos los oídos á los

consejos de Dios; no queremos fijar los ojos en las luces que el Señor nos comunica, ni levantarlos para ver aquella celestial patria á que nos convida, que es su reino y por el que pedimos, acaso, por mera costumbre y pura rutina. Preciso es saber lo que significa la palabra reino de Dios, y entonces nos convenceremos mas y mas de nuestro criminal desvío: que es el segundo punto.

Cuando pedimos al Señor que venga su reino á nosotros, no solo entendemos y debemos entender el poder soberano y omnipotente que Dios tiene sobre todos los hombres y sobre todas las cosas criadas, sino la direccion y gobierno con que ordena y dispone de todas ellas su eterna y sapientísima providencia. En su mano está todo, sí, y de todo dispone á su arbitrio; no hay quien resista á su voluntad, como en su oracion se lo decia el virtuoso Mardoqueo; pero para así hacerlo va el Señor disponiéndolo todo con dulce suavidad, de suerte que su gobierno fuerte y poderoso se deja sentir con amable influjo, como gobierno de un padre. Este gobierno admirable resplandece así dulce y suavemente entre los buenos y píos, y en el modo con que en ellos reina el Señor. No reina con estrépito y furor como los reyes del mundo, sino como un padre tierno y cariñoso. Por eso dijo el Salvador á Pilatos, que su reino no era de este mundo. Y de verdad, Jesucristo reina en los fieles por sus virtudes, por la fe, esperanza y caridad; por medio de las cuales ellos se le adhieren y obedecen sin miedo, sobresalto, ni temor: reina por la justicia, por la paz del alma, por la inalterable tranquilidad de la conciencia. Cuando los buenos y justos se sienten animados en su espíritu de estas virtudes, es cuando se verifica que entre ellos está el reino de Dios.

Sin embargo, en un sentido especial se llama reino de Dios el de su gloria. De este habló Jesucristo, cuando al revelar á sus discípulos lo que ha de suceder en el día terrible del juicio, y á las palabras que dirigirá á sus elegidos, les anunció que los llenará de gozo, diciéndoles: «Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado desde el origen del mundo:» y lo mismo dijo al ladrón que se arrepintió en la cruz y le pidió se acordase de él cuando estuviere en su reino: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso.» Luego el reino del cielo, el Paraíso, es el reino especial de Dios. En otros muchos lugares de las santas Escrituras se repite lo mismo.

Ya tenemos explicado en dos sentidos el reino de Dios: el de su gracia y virtud por el que reina en las almas de los justos, y el es-

pecialísimo de su gloria: el primero conduce al segundo, y este es una perfeccion de aquel: en el primero puede haber duda, ansiedad y zozobra, que desaparecerán en el segundo. ¿Cuál, pues, de estos dos reinos pedimos al Señor nos conceda en la segunda peticion del Padre nuestro? Este es el punto tercero.

Como el reino de la gracia y de la virtud, por medio de las cuales Dios reina en nosotros en este mundo, no se puede tener sino en la Iglesia católica, allá en nuestras intenciones debemos pedir que esta Iglesia santa se dilate y extienda por todo el mundo, que sus enemigos se conviertan, que los herejes y cismáticos se retracten y arrepientan, y vengan á unirse con sus buenos hijos en amor y caridad. Así lo pedia al Señor el profeta Isaías: «Toma un sitio mas espacioso para tus tiendas, decia, y extiende cuanto puedas las pieles de tus pabellones, alarga tus cuerdas, y afianza mas tus estacas. Porque tú te extenderás á la derecha y á la izquierda. Pues será tu dueño aquel que te ha criado. (Isai. 54, 2 y sig.)» Aquí hablaba ya de la Religion. Y en otro lugar añadia: «A tu luz caminarán las gentes y los reyes al esplendor de tu nacimiento. Tiende tu vista al rededor tuyo, y mira: todos estos se han congregado para venir á tí; vendrán de lejos tus hijos, y tus hijas acudirán á tí de todas partes. (Isai. 60, 4.)» De suerte que en el deseo y en la prevision del profeta, todos los habitantes de la tierra habian de venir al seno de la Iglesia, que es el reino de Dios. Esto mismo es lo que nosotros hemos de pedir, entender y desear eficazmente, cooperando por nuestra parte á que se verifique prontamente.

Pero como por desgracia hay en la Iglesia muchos que confiesan á Dios con las palabras y lo niegan con las obras, llevando en sí la imágen de una fe deforme; y en los cuales por el pecado habita el demonio y les domina, cual en su propio domicilio; pedimos á Dios, que venga tambien á ellos el reino, su reino; para que ellos, aclarada la oscuridad de sus errores y maldades, é ilustrados con los rayos de la luz divina, se restituyan á la dignidad antigua de hijos suyos, y resplandezca la pureza y santidad de la Iglesia en todos sus hijos, anmentándose á la vez el gozo de los buenos porque recobren á los que se habian perdido.

Pedimos tambien que solo viva y reine Dios; y que ya no haya lugar á que reine la muerte, sino que destruido y debelado su imperio por el poder de Jesucristo y su pasion, quede ella subyugada y sometida á su imperio.

Réstanos ya solo examinar el cuarto punto: es decir, que han de

hacer y contemplar los cristianos al dirigir esta peticion al Señor.

Pues bien, ante todas cosas deben considerar la inteligencia y sentido de aquella sentencia del Salvador, que dice: «El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre, lo encubre, y gozoso del hallazgo, va y vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo.» (Mat. xiii, 44.) Porque el que llega á conocer las riquezas del reino de Dios, por ellas lo desprecia todo; las facultades, los bienes, y el poder le fastidian: nada hay para él que se pueda comparar con su valor; nada que le cause estimacion en su presencia. Por lo cual los que llegan á conocerlo, exclaman con el Apóstol: «He perdido todas las cosas, y las miro como basura, por ganar á Cristo.» (Phil. iii, 8.) Este reino es aquella preciosa margarita, por la que dándolo todo se consigue la vida eterna.

Parémonos á considerar cuán estimable es el reino de Dios, en este mundo por la gracia, y en el otro por la gloria. ¡Oh felices de nosotros, si nos da Jesucristo tanta luz, que podamos verlo y poseer la preciosa margarita de su gracia, con la que él reina en los cielos! Porque entonces todas nuestras cosas y nosotros mismos las entregaremos y nos entregaremos para adquirirla. Si queremos saber lo que vale no hay mas sino preguntar al Apóstol, y él nos dirá: «que ni ojo vió, ni oreja oyó, ni en el corazon del hombre cupo jamás lo que Dios ha preparado á los que le aman.» (I, Corint. ii, 9.)

Aprovechará mucho para lograr este conocimiento de lo que es el reino de Dios, y conseguirlo por medio de nuestra peticion, si reflexionamos lo que somos nosotros; hijos de Adan, desterrados con justicia del paraíso; que nuestra indignidad y malicia nos hubo de granjear el sumo odio de Dios y las penas eternas: esto nos obligará á humillarnos y á presentarnos en la oracion con los sentimientos de aquel publicano que ni aun se atrevia á levantar al cielo sus ojos. Tambien será preciso convencerse y persuadirse que el Señor no nos ha criado para la inercia y ociosidad; sino que el reino que nos ha prometido lo hemos de ganar con trabajo, diligencia y penalidades. El reino de los cielos padece violencia, y lo ganan solo aquellos que se violentan. Esta violencia solo consiste en observar los mandamientos.

Así, pues, no basta pedir al Señor que nos dé su reino, es preciso amarlo, buscarlo, procurarlo, ganarlo. Considerar su valor y su precio, y tratar de violentarse para hacer que el Señor se digne concedérselo aquí por su gracia y despues por su gloria. Todo es

menos, todo es nada en comparacion de las inmensas ventajas que el mundo reporta del establecimiento del reino de Jesucristo entre nosotros: este reino es el de su Iglesia santa, porque en ella se nos dan las virtudes y la sana doctrina y los sacramentos, que son las fuentes perennes é inagotables de la gracia. Si con nuestra humildad, con nuestro trabajo y con nuestra eficaz oracion conseguimos que se establezca en todo el mundo, que se propague y llene de buenos y fieles hijos en todas partes, unidos todos en fe y en caridad, el Señor nos concederá su reino eterno en la gloria. Dios haga que así sea. AMEN.

## PLÁTICA IX.

### TERCERA PETICION.

*Fiat voluntas tua.*  
Hágase tu voluntad. (*Math. vi, 10.*)

**H**ABIENDO dicho Jesucristo: No todos los que dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre; es natural que los que desean ir al cielo, pidan al Señor que se haga su voluntad. Así, esta peticion está íntimamente enlazada con la anterior, y es como el único medio de conseguir que se nos conceda.

Del reino de Dios nos privó el pecado de Adán, y la causa de este pecado fué el empeño que él puso en hacer su voluntad, y no la de Dios. Este Señor le impuso un precepto; él lo quebrantó, anteponiendo su voluntad propia á la de aquel que le habia hecho y colmado desde luego de tantos beneficios, para los cuales ningunos méritos habian precedido de su parte; antepuso su voluntad á la de Dios, y en ella fué en donde empezó á sufrir las debidas penas y condigno castigo. Es lo malo para nosotros sus descendientes, que la corrupcion, que la mala inclinacion de la voluntad de nuestro

primer padre, se nos ha trasmitido con el pecado, con el reato del mismo pecado y con todas sus fatales consecuencias; y por eso hoy mismo abusamos de nuestra libertad y pecamos tambien mil veces; pero siempre por la depravacion de la voluntad. Si consideramos los males que de tan funesto origen nos vienen y abruman, no podremos dejar de agradecer infinitamente la compasiva clemencia de Jesucristo, que nos enseñó el medio de remediarlos. Quedó el libre albedrío herido y enfermo por el pecado, la voluntad corrompida é inclinada al mal, y el entendimiento oscurecido y propenso á errar con frecuencia; por eso vemos con apariencia de bueno lo que es en sí realmente malo, y creyendo y aun viendo otras veces lo bueno, lo apetece y hacemos lo que es malo. ¿Quién no apetece librarse de un estado tan miserable? ¿Y cómo ha de conseguirse, si no se vuelve al principio, á la raiz del mal, y se arranca de una vez?

Cristianos, cada cual en sí mismo experimenta de continuo esta espantosa verdad, y cada cual deseará su remedio, si es que se interesa en su propio bien y felicidad. No puede conseguirse el remedio de otra suerte, que haciéndose en todo y por todo la voluntad de Dios y no la nuestra. Veamos, pues, lo que se entiende por voluntad de Dios en esta peticion, y el medio de que se haga.

Desentendiéndonos ahora de la doctrina teológica sobre la voluntad divina, lo que nos interesa es saber qué es lo que entendemos en la peticion del *Padre nuestro*, cuando pedimos al Señor que se haga su voluntad: *fiat voluntas tua*. Esto es muy sencillo: pedimos y debemos pedir que se haga todo lo que Dios quiere y aconseja que hagamos, y se evite lo que nos prohíbe. Por cuya razon están aquí comprendidas todas las cosas que nos encaminan á la bienaventuranza, pertenezcan á la fe ó á las costumbres: todas aquellas que Jesucristo, por sí, ó por el ministerio de su Iglesia, nos manda ó prohíbe. No seais indiscretos, sino atentos sobre cual es la voluntad de Dios, dice el Apóstol, (*Efes. v, 17*). Y san Cipriano añade: la voluntad de Dios que pedimos se cumpla es aquella que Jesucristo ha hecho, y que él nos ha enseñado; ser humildes en nuestra conducta, firmes en la fe, modestos y retenidos en nuestras palabras, aplicados á las obras de justicia y misericordia, arreglados en nuestras costumbres; no injuriar á nadie, sufrir las injurias que se nos hacen, estar unidos á Dios con todo nuestro corazon, amarle

porque es nuestro Padre, temerle porque es Dios, preferir Jesucristo á todas las cosas, permanecer inviolablemente aplicados á su amor, conservarnos con ánimos y confianza al pié de su cruz, y cuando se trata de combatir por la gloria de su nombre, confesarle sin temor, sostener con firmeza los mas rudos ataques, y morir por él con una paciencia que merezca ser coronada.

Así cuando pedimos que se haga la voluntad de Dios, le suplicamos primero: que nos conceda fuerza y gracia para observar sus divinos mandatos, para servirle en santidad y justicia todos los dias de nuestra vida; que á su gusto y querer lo hagamos todo; que cumplamos con aquellos deberes que en las sagradas Letras se nos imponen; que dirigidos por él hagamos todo lo que es debido á aquellos que no han nacido de la voluntad de la carne, sino de Dios, imitando á Jesucristo que fué *obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*: y que estemos, en fin, preparados para padecer y sufrirlo todo, antes que separarnos en una línea de su santísima voluntad.

A tan sublime grado de abnegacion propia, solo pueden llegar los que han experimentado y conocen la alta dignidad á que se elevan los que en todo y por todo hacen la voluntad de Dios. Lo mismo es decir servir á Dios, que obedecerle y reinar: y sino, oid lo que dijo el mismo Jesucristo en la ocasion en que las turbas querian ensalzar la dicha de la mujer que habia sido su madre, segun la carne: «Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.» (Mat. xii, 50), esto es, con él estoy unido con los mas dulces y estrechos vínculos del amor y benevolencia. No ha habido ningun santo que no haya pedido á Dios esto; todos lo han hecho á cada instante, aunque con diferentes voces. Entre ellos tenemos al santo rey David, que llevando siempre el mismo pensamiento y deseo, ya decia al Señor: «Ojalá que sean enderezados mis pasos á observar tus justísimas leyes (Sal. 118, 5): ya se expresaba de esta manera: «Guíame por la senda de tus preceptos (Ibid. 35): otras veces así: «Endereza mis pasos segun la norma de tus palabras, y haz que no reine en mí injusticia ninguna. (Id. 133): y ya en fin: «Dame inteligencia y estudiaré atentamente tu ley, y la observaré con todo mi corazón (Id. 34): y en otras ocasiones se explicaba con diversas palabras, aunque sintiendo y deseando y pidiendo lo mismo.

En segundo lugar pedimos al Señor con esta peticion, nos conceda por su misericordia que huyamos y detestemos las obras de la carne; de las cuales dice el Apóstol: «Bien manifiestas son las

obras de la carne, las cuales son adulterio, fornicacion, deshonestidad, lujuria, etc. (Gala. v, 19): si viviereis segun la carne, moriréis. (Rom. viii, 13). Pedimos pues al Señor que nos dispense su socorro poderoso para mortificar por el espíritu las inclinaciones de la carne á fin de no hacer lo que los sentidos, la concupiscencia y nuestra imbecilidad nos persuadieran, sino que nuestra voluntad se modere con la suya.

Ajenos son á esta voluntad los hombres de deleites que están apegados á las cosas de la tierra, van ciegos y precipitados á gozar lo que desean, y en su goce hallan su felicidad, ó al menos la ponen, la buscan y la constituyen. Por el contrario, en el Padre nuestro pedimos, segun el Apóstol, que no se cumpla nuestra voluntad en los deseos de la carne, sino en hacer la de Dios.

Esto es lo justo, esto es lo recto, esto es lo que nos conviene. Ni debe desanimarnos la dificultad y trabajo que sentimos para reducirnos á pedir á Dios que no nos conceda lo que puede conducir á la satisfaccion de nuestros apetitos, pareciéndonos que esta resignacion se opone al amor y cuidado que estamos obligados á tener de nosotros mismos; por cuyo motivo la graduan de necedad los que están demasiado apegados á las cosas del cuerpo y del mundo. No nos detenga, repito, esta dificultad que reside toda en la carne, antes bien ella debe servirnos de estímulo para implorar la asistencia de Dios, á fin de vencer los obstáculos que la concupiscencia opone al espíritu, y sufrir con gusto la nota de *necios por Cristo*, á quien debemos imitar, negándonos á nosotros mismos, negándonos á nuestras inclinaciones y apetitos sensuales, negándonos á todo lo que es contrario á la razon y á las leyes de Dios; porque el mismo Jesucristo nos ha dicho: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.»

En esta inteligencia, aun aquellas cosas que llevan apariencia de piedad, no se deben pedir á Dios. No solo no se han de pedir las cosas que sabemos son malas, pero ni aun aquellas que nuestra ilusion ó el diablo pinta ó persuade ser buenas. Muy recto y justo parecia el empeño de san Pedro en apartar á su Maestro de la muerte; y sin embargo el Salvador lo rechazó, porque su deseo no venia de Dios, sino de un amor mundano y mal entendido. Mas como es difícil conocer estos engaños, el modo mejor de arreglar nuestras peticiones ha de ser amoldarlas al modelo que nos dió Jesucristo en sí mismo: en su fervorosa oracion del Huerto, decia á su eterno Padre: *no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

Aun añadiré mas, con el Catecismo; no solo no debemos pedir las cosas malas, y las que lo parecen, sino ni las que realmente no son tales; y en todo caso, si pedimos, por ejemplo, la salud en una enfermedad, siempre debe ir por delante expresa ó implícita la condición: *si me conviene, si Dios quiere, si es la voluntad de Dios*. La petición que mas nos conviene, y la que es indudablemente mas conforme con la divina voluntad y ley de Dios, es la de que nos libre de caer en pecado. Esto hemos de pedir sin cesar, seguros de que sin el auxilio de Dios no haremos otra cosa que delinquir y ofenderle á cada paso; y en esto no está ni puede estar su voluntad santísima.

Tambien se añade á esta petición en el Padre nuestro la cláusula, *así en la tierra como en el cielo*. Veamos su inteligencia. Es facilísima y clara, cristianos. Los ángeles y santos en el cielo tienen una completa abnegación de sí mismos: allí no se hace mas que la voluntad de Dios en todo: y ellos la obedecen y ejecutan espontáneamente: así pedimos, pues, que suceda entre los hombres. Los ángeles y santos obedecen por amor, porque quieren la voluntad de Dios mas que la suya; de la que les resulta el sumo bien que gozan. Debemos nosotros hacer lo mismo; con la firme esperanza y fe que haciéndose en todo la voluntad de Dios, nada malo nos sucederá, sino que todo nos será favorable.

Enfermos y sin gusto para las cosas de Dios, indiscretos para discernir los verdaderos bienes y preservarnos de los peligros de ofender á Dios y perder nuestras almas; heridos en nuestras potencias interiores y obligados á sostener una continua guerra contra encarnizados enemigos, ¿qué otro recurso nos queda que volvernos á Dios, ponernos en sus manos, pedirle que se cumpla su voluntad, y que esta voluntad sea siempre la saludable regla de nuestra conducta? ¿Qué haremos mas que pedirle, *hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*? Habiendo incurrido en tantas calamidades y miserias por habernos apartado de la voluntad de Dios negándole la obediencia, el remedio único que nos queda contra tantos males es vivir según la voluntad divina y arreglar á ella todas nuestras palabras, acciones y pensamientos. Y para conseguirlo pedimos con humildad á Dios, que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo.

Y no solo debemos hacer en todo la voluntad de Dios, sino tambien conformarnos con ella en todos los sucesos de la vida, sean prósperos ó adversos, ponernos en sus manos y descansar en ellas

tranquilamente. Por tanto, si nos oprime la pobreza, si nos afligen las enfermedades, las persecuciones, las calumnias, ó cualquiera otra molestia, creamos firmemente que nada nos sucede sin la voluntad de Dios, y á imitación del santo Job digamos con una paciencia invencible y un ánimo inalterable: Como ha querido el Señor así se ha hecho, bendito sea su santo nombre. No nos inquietemos por nada, sino en cualquier estado en que nos hallemos presentemos á Dios nuestras peticiones acompañadas de acciones de gracias, y el Señor en premio de nuestra confianza nos dará aquí lo que nos conviene, y despues la felicidad eterna de la gloria. AMEN.

## PLÁTICA X.

### CUARTA PETICION.

*Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.*

El pan nuestro de cada dia, danoslo hoy. (Luc. xi, 3.)

LA presente petición y las que le siguen, pertenecientes unas á los bienes temporales y otras á los espirituales, están contenidas en las precedentes, que ya he explicado. Las explicadas pertenecen á Dios y á su honra y honor; las que siguen á nosotros, y á nuestra vida presente; por lo cual dependiendo todo de este Señor, una vez cumplido nuestro oficio y deber para con él, esperar podemos tranquilos que nos dará lo que nos convenga al presente.

Le pedimos en esta petición un bien temporal, y aquí vamos confesando dos cosas: que tenemos males y necesidad de su remedio, y que de solo Dios nos puede venir este. Es licito y justo pedir al Señor lo que en esta vida necesitamos; pero dispuestos á quedar tranquilos y conformes con lo que su voluntad santísima disponga. El mismo Jesucristo estimulaba á sus discipulos para que pidiesen: *Pedid y recibireis*, decia, *hasta ahora nada habeis pedido al Padre en mi nombre*. En estos términos, pues, debemos pedir al Señor las